

## UNA GRANDEZA POETICA, HUMANA Y ESPAÑOLA

«Hubo un tiempo —muchos años precedió a la justísima concesión del premio Nobel— en que creía ser, respecto a la humanidad, término que empleo con doble subrayado, de Vicente Aleixandre, y en lo que atañe a su singular orbe poético, uno de los incursos, hasta cierto grado, en su altiva y humilde dedicatoria:

*para todos los que no me  
leen, para los que no se  
cuidan / de mí, pero de mí se  
cuidan (aunque me / ignoren).*

Lo cierto es —prosiguió— que para llevarte la contraria, en vez de identificarme, textual y cronológicamente, paso a paso, con su obra, gracias a los ilustres itinerarios que recabaste, entre otros, de Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Carlos Bousoño, Ricardo Gullón, José Luis Cano, Leopoldo de Luis, José Olivio Jiménez, me limité al conocimiento volatinero de algunas de sus «composiciones numéricas», como quien toma los respiros indispensables para oportuno y completo acceso, en su sazón, al original lirismo del sevillano-malagueño-madrileño: tríada de generoso río, mar de la paganía, espinazo de sierra.

Mientras, trances de indignación con los exhaustivos y excluyentes perpetradores de tesinas y tesis doctorales, de toda laya y de particular fuelle en localizables departamentos de lenguas romances de universidades norteamericanas. Cuando me confían sus proyectos y enfoques es para echarse a temblar. Figúrate que uno de esos donceles, rebotante de académica beatería, se dedica a escudriñar las palabras-clave en el vocabulario y temática aleixandrinos, en su íntegra trayectoria. Aún le oigo recitar, a guisa de muestras:

*tiemblos  
livor  
fulgor (y anexos)  
dulce  
labios*

y tropieza con los reiterados «dientes», cuya plausible simbología no logra descifrar.»

Reciente declaración algo recriminatoria, a mi fiel escrupulosidad asestada, del consanguíneo, siempre heterodoxo y nómada compañero Andrés Nerja, al que tanto soliviantan las jergas y sofistiquerías en boga, y de ahí que apele al ejemplo de lenguaje intrépido y dúctil, acendrado e innovador, de radical solera, que Vicente Aleixandre encarna. Pero volvamos a su discurso, durante un paseo gurriato, este encendido agosto, por lugares todavía recoletos, hacia los apartados lomeríos.

«¡Qué distintos (por sus entreverados derroteros, en su condición inmanente, a través del cotejo con la común y calificadora peripecia) los poetas de la llamada generación del 27! Más bien diría que los une el signo general de la época y que no responden a una serie mínima de coordenadas. Su nómina oficial, circulante, dada la mera tipificación de la etapa histórica, propendió a olvidar presencias complementarias y sucesorias. Salvo la caudalosa voz de Miguel Hernández y el entonces aleatorio encasillado de José Bergamín, mencionemos, de modo indicativo, a Juan José Domenchina y a Ernestina de Champourcin, a Concha Méndez, a Juan Gil-Albert y a José Herrera Petere, a Quiroga Pla y a Lorenzo Varela, a Juan Rejano y a Pedro Garfias, a Serrano Plaja y Antonio Aparicio.

Mayoría forman los andaluces o de ascendencia meridional, despuntan los castellanos de cuna por la moldeadora residencia en tierras del Sur y de Levante. Gerardo Diego y su Antología, otro cantar. Sobresaliente fue la aportación, editorial incluso, de la revista malacitana *Litoral*, que Vicente Granados torna a reivindicar (lo hiciera con certero encomio don Enrique Díez Canedo), en su cuidado estudio, que me comentabas, de la génesis y evolución de la primera poesía aleixandrina.

Pero a esa connotación deben agregársele los datos sociológicos de que, excepto Miguel Hernández, de tan inequívoca raigambre campesina, los demás suelen pertenecer a una mesocracia, de holgada o discreta posición; y que abundan, casi entonan, los que, apoyados en la docencia, pueden consagrar sus fervores y expectativas a la nutrición, creación y prevención poéticas. Así, abstracción hecha de Federico García Lorca y de Rafael Alberti, por la bifurcación que reclamarían sus acusados sinos de astro muerto y consecuente supervivencia, Dámaso Alonso (actitud vital muy sociable, según cuentan de pimpante humor e ingeniosas anécdotas, en quien la erudición parece acrecer la gozadora apetencia); de igual suerte, amor y pedagogía, elegante mundanidad junto a lúcida razón y finos saberes,

Pedro Salinas; de pareja entidad, la noble enseñanza, en verso y aula, escultórico hasta el acento, tensados el pensar y el sentir, de Jorge Guillén; caso peculiar el de Luis Cernuda, profesor en contingencias del exilio, con cátedra libre, asignatura la crítica, en no pocos de sus escritos. ¿No le recuerdas como huidizo y tímido, él, que desfogaba su menosprecio por todo lo fraudulento y farisaico, recorrer los pasillos del Fondo de Cultura, cuando iba a corregir pruebas de aquella pulcra edición mexicana de *La realidad y el deseo*? Además...»

Y Andrés Nerja se aferra, monologante, a las remembranzas y ángulos de comparación de Juan Gil-Albert, de José Bergamín, de Concha Méndez, a los que adjetivaba de hermanos siameses (Rejano-Garfias), a la sombra auspiciadora de don Enrique Díez-Canedo, a las mesuradas intervenciones de Francisco Giner, a sus «bocetos» de León Felipe, a las jocundas comparecencias de Manuel Altolaguirre y a las peregrinas historias de sus siete imprentas, en la península y en Ultramar (La Habana-México).

Aprovecho esta conocida, divagatoria exuberancia para corregir, *in mente*, su grave omisión. La mayor afinidad situacional (y ustedes disimulen) de Vicente Aleixandre se produce, a mi entender, con Emilio Prados. Sus enfermedades—de parentesco genérico—influyen en las correspondientes tesituras existenciales. El cálido respaldo familiar, fraterno, también los hace convivir, a pesar de la distancia. La hermana de Aleixandre, a su vera, en Wellingtonia; el eminente psiquiatra don Miguel Prados, tendía a Emilio sus brazos y respaldo desde Canadá. Similares zonas de reclusión y nostalgia: *Sombra del paraíso*, *Jardín cerrado*. Ambos, «animados» por una sensualidad de mediterránea índole. Intermedia y final versión panteísta en Vicente Aleixandre; mayor decantación metafísica, intimista, en lo que a un Emilio Prados, penúltimo y epilodal, concierne. Uno de los más altos exponentes del destierro interior—Aleixandre—coincide con Emilio—candil votivo del exilio exterior—en su honda comprensión y entrañable estímulo de los jóvenes que la poesía profesan, en prácticas y aproximaciones. Tales puridades, quizá allí y aquí sueltamente formuladas, se agolpan, con trazo emocional, en la imaginación de lo que traté o sólo me cupo atisbar.

Mi silencio congregador frena la verbosidad de Andrés Nerja y provoca su réplica, cuasi telepática, a mi evocación:

«Te distrajiste. Por tu cuenta andas rumiando. Aunque ello se "acerque" a nuestro protagonista de hoy... y de ayer... y de nuestro probable mañana. Alrededor de Aleixandre, ¿de acuerdo? Aleixandre, un sistema heliocéntrico literariamente. Su estatura mental y moral, sensitiva, armoniza con una amplia mas amarga circunstancia propicia.

Carlos Bousoño lo apunta en su espléndido y riguroso y fervoroso análisis. El subtítulo —"Una época favorable a la poesía"—de ese capítulo iniciático apenas ocupa dos páginas en un total de 557 y el encuadre globalizador no se adentra en la necesaria caracterización histórica española. Objetarás que el cumplido propósito de Carlos Bousoño se ajusta más a predicados de examen conceptual y estilístico y tampoco aborda —asunto volitivo, de criterio y edad— la neurálgica ubicación de Aleixandre en el exilio interior, en sus zonas de varias marginaciones, lo que han resaltado, verbigracia, en numerosas oportunidades, José Luis Cano y Leopoldo de Luis. Sin embargo, yo percibo un vacío explicativo. Y me duele la falta de referencia precisa al entorno y meollo del siglo en nuestra asendereada patria.

Es frecuente, y en la raya de lo manido, atribuir, de manera única o monopólica, a determinadas corrientes —filosofía, enseñanza— la catalización de entusiasmos, inventivas y energías, que habrían de acarrear la instauración de la segunda República y su impar tarea de cultura y educación, aquel Renacimiento sin parangón alguno en nuestros "azarosos destinos".

De nuevo se confunden efecto y causa, manifestación ostensible y corrientes profundas. Sobre todo, tendemos a la ofuscación de "contraponer" en lugar de marcar las fecundas confluencias, el sino coadyuvante de nuestra natural pluralidad.

No significa redundancia, sino instructiva memoria, relievár que, insólitamente, en el último tercio del siglo XIX y en las tres inaugurales décadas del que pronto expirará, se aúnan los imprescindibles lujos de los conocimientos superiores y la estética virtud de unas minorías selectas y conscientes de su responsabilidad comunitaria, con los brotes y articulación, espléndidos, concéntricos, de una que-rencia, ejercicio y adscripción populares de cultura.

¿Cabe olvidar que se conjugan y acompasan, bajo la ortopedia y tramoya de la Restauración (homologable al período que se nos ha impuesto, mas ahora con sobrado acopio de rastacuerismo, sin pizca de categoría, en desangelada y ratonil picaresca) y en el transcurso de las aceleradas fases donde germina la República, las actividades fundacionales de la Junta de Ampliación de Estudios, la Institución Libre de Enseñanza, el Instituto-Escuela, la gestación de las Misiones Pedagógicas.

con la firme constitución y templado caminar de nuestro movimiento obrero, esencialmente «eticista», poco inclinado al voluptuoso teorizar que a bizantinismo conduce: su manifestación libertaria, personalizable en Anselmo Lorenzo; su castiza acepción socialista, a través del sólido y constructivo temperamento civil, cultor, de Pablo Iglesias.

La verificación y repercusión ambientales de los grupos escogidos logran injertarse en la tradición genuina, la resucitan, y de consuno asimilan o adelantan las flamantes escuelas artísticas, intelectuales, literarias (el surrealismo y las vanguardias, en su lata semántica).

El venturoso fenómeno es factible porque las clases trabajadoras expanden su hambre y sed de cultura, en las Casas del Pueblo, que jalonan la geografía nacional, en los Ateneos Populares, de tan destacada significación en Cataluña y Asturias, merced a la conjuntadora labor de agrupaciones corales.

Historia real, de meditaciones ahincadas, sudores e ilusiones, a la que concurren buen número de inquietudes "solidarias" y, por ejemplo, algunas Sociedades Económicas de Amigos del País, que merecen, al representar un "trasvase" de los "ilustrados carolinos".»

Asiento. (Al cobijo de un paréntesis mudo enmiendo una amnesia más de Nerja, lo que en toda coyuntura recalqué: estos surgimientos y resurgimientos cristalizarían asimismo en la decisiva irrupción de las asociaciones estudiantiles (FUE), concentradas en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, en cuyo haber registramos su propuesta de reforma de la enseñanza, que facilitaría inestimable pauta al Gobierno de la República; y que acreditó su capacidad organizativa con la creación y sustentación de la Universidad Popular, índice de su responsabilidad social, que en Madrid funcionó y que en otras ciudades se realizó o intentó.)

Cito, en cuanto a influencias sustantivas, que la comunicación con las interpretaciones freudianas, que habían de imprimir perdurable huella en la visión antropológica y psicológica de Aleixandre, la posibilitó el consejo de traducción —el castellano, en *première* mundial— de José Ortega y Gasset al editor Ruiz Castillo.

Procuro calibrar —confirmar— que la escritura surrealista del autor de *Espadas como labios* no requirió previas informaciones importadas, sino que éstas fundamentaron, corroboraron, sus emplazamientos, lenguaje y metáfora. A la postre —o al comienzo— esa propensión a hiperbolizar, a desquiciar cosas y valores en pos incesante de un orden más expresivo, lo llevamos los carpetovetónicos en la sangre.

(Por los sonados barrios, circos y galerías de París se desgañitan los ibéricos natos y netos: Ramón Gómez de la Serna, Pablo Picasso, Dalí, Miró.)

*Falsa hasta la sencilla manera con que las muchachas  
cuelgan de noche sus pechos que no están tocados.*

Los versos que Vicente Aleixandre caligrafía, en acompañamiento o premonición de un imborrable clima europeo, no son fruto de la

casualidad y del simple instinto, sino propia trayectoria, y los que a continuación reproduzco y que implican impresionante salto temporal, ¿no reflejan o anuncian las pinturas de Tapies y Millares?

*Mientras el cartón, las cuerdas, las falsas telas,  
la dolorosa arpillera, el mundo rechazado,  
se retira como un mar que muge sin destino.*

Vislumbre, adicional, de la penetrante captación de Vicente Aleixandre.

«Advertiría el más lerdo —saja Andrés Nerja su meditación—, y yo estoy lejos de serlo, que has vuelto a "enconcharte", una de las certeras locuciones, de la calle, del platicar mexicano.

Pero nos une, en el sosegado charlar a la vista del filipino Monasterio, feliz concordancia al hacérsenos aún más evidente la grandeza poética, humana y española de Vicente Aleixandre, en sí y en su difícil circunstancia. Que los timbrados honores y las curiosidades, no por tardíos menos deseables, refrendan.

A tenor del libérrimo suponer de Andrés Nerja, la venturosa identificación de Vicente Aleixandre con sus coetáneos y coterráneos, proviene de los siguientes sustanciales factores, a los que quizá se sumen unos derivados conflictivos, lo que sobradamente temo des-  
emboque en orgánica teoría de mí extravagante interlocutor:

Vicente Aleixandre posee una recia noción de su «misionalidad», que no impide nos transmita su sencillez, la de un ser afectuoso y afectivo, no afectado;

a pesar de planificados y moderados viajes, el poeta no ha podido deambular a su aire, tiene una óptica predominantemente estática; de ahí que sus versos nos trasluzcan un busto o talla, o ademán, estatuarios, lo que se refleja en el sabor clásico que incluso descubren sus vocablos e imágenes de corte surrealista y que rastreable resulta en su audaz sintaxis y cernido, gratificador cripticismo, en ciertos parajes;

(Únicamente a Nerja incumben estos osados juicios) El confinamiento físico —y social, en largo trecho de la persecutoria posguerra— acrecientan su «genio» acogedor, irradiante (¿habrá redactado sus «Memorias»?; ¿alguien cercano, cotidiano, recogió noticia directa de sus imborrables hospitalidades?);

Vicente Aleixandre conjuga (¡átame esa mosca por el rabo, descarrado Nerja!) vida y letra, ideas y metáforas, fisiología y trascendencia, infunde alma y espiritualidad al cuerpo, succiona claridad de la tiniebla, cimenta en dicotomías su pensamiento poético, se afianza en su señera subjetividad y deja que adivinemos un recóndito titubeo... socrático

*porque no conocer es saber último.*

Ya divisamos las cumbres y collados del atardecer serrano, inmersos «en un vasto dominio», que calienta las cenizas del mágico pincel velazqueño. O en equis medida—sugerimos la semejanza—el verso corto de Aleixandre reivindica la primigenia frase breve, sincopada, de Azorín.

He aquí el «ámbito» de nuestro idioma, la *Sombra del paraíso*, futuro, interiorizado, sólo terrenal, los lugares donde, sin pausas ni cortesías, habrán de escenificarse «la destrucción o el amor», con esmalte de bosques, en la planicie, en los montes bajos, hacia las cimas, «espadas como labios».

Nerja, ensimismado por lo que amenaza ser su decálogo aleixandrino. En sordina pronuncio aquellos principios contrapuntísticos:

«Haces camino.—¡Qué gusto  
verme así en el entrecielo!  
—(*La mirada.*)— ¡Mira cómo  
se adivinan los desvelos  
de la noche! —(*Se ha cerrado  
la comba fría.*)— ¡Estoy lejos?—  
(*Y palpita...*)— ¡Qué tristeza  
tan oscura!— (... de silencio)...»

Pero, en definitiva, siempre antes y después, ha de considerarse a Vicente Aleixandre como el más actual de nuestros poetas románticos, plagia Nerja:

*Soy la música que bajo tantos cabellos  
hace el mundo en su vuelo misterioso,  
pájaro de inocencia que con sangre en las alas  
va a morir en un pecho oprimido.*

Fue un hermoso intervalo que ni él ni yo deseábamos cancelar.

MANUEL ANDUJAR